

# Antonio Machado y Andalucía

Antonio Chicharro Chamorro (Ed.)



**un**  
**i** Universidad  
Internacional  
de Andalucía  
**A**

Antonio Machado y Andalucía. Antonio Chicharro Chamorro (Ed.).

Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2013. ISBN 978-84-7993-244-2. Enlace: <http://hdl.handle.net/10334/6238>



# La poética filosófica de Antonio Machado como superación de la razón moderna

**María Rodríguez García**  
Universidad de Sevilla



## INTRODUCCIÓN

Decía Nietzsche, en referencia a la modernidad europea, que “si esta no es una época de declive y debilitación de las fuerzas vitales lo es, por lo menos, de tentativas insensatas y arbitrarias, y es probable que de un exceso de experimentos fracasados surja una impresión general de decadencia, y quizás la cosa misma; la decadencia” (Nietzsche, 2000: 74). Este enunciado nos acerca a la realidad europea y, también, española de finales del siglo XIX: pérdida de valores, crisis de identidad de quienes se encontraban alienados a los designios de la razón por la mera razón y, además, el desencantamiento vital ante un mundo que ha perdido todo su significado, que se ha venido abajo en un clima de optimismo bañado de irrealidad. Esta situación es producto del fracaso de las revoluciones liberales, del racionalismo así como de la concepción metodológica de la cultura. Es la desilusión, al fin y al cabo, ante la Modernidad.

En la presente comunicación analizaremos una posible vía de respuesta a la crisis de la Modernidad a partir de la poética de Antonio Machado. Y hablamos de posibilidad porque estamos ante una cuestión que, como más adelante veremos, presenta posibles desajustes o fisuras en cuanto a su fin hasta el punto de no saber si hemos superado o somos deudores de la conciencia moderna.

### LA CONCIENCIA MODERNA: ANTONIO MACHADO Y LA ESENCIAL HETEROGENEIDAD DEL SER

En el capítulo *Descargos, motivos teodiceicos en la Filosofía Moderna* de la obra *Apología de lo contingente*, Odo Marquard (2000) nos remite a la constante exigencia actual de legitimación cuyo origen lo tenemos en la Modernidad. Según nos cuenta Marquard, la conciencia moderna precisa de una constante justificación de lo real, cuestión que se traduce en la preeminencia de la razón en lo que él se encarga de llamar “hipertribunalización de la realidad”. Este proceso tiene sus orígenes en la filosofía kantiana y hegeliana, ambas paradigmas de racionalidad hasta el punto de subsumir la individualidad de los hombres a los veredictos de la razón. Otros orígenes los encontramos en Descartes y Leibniz, siendo este último el encargado de exculpar al Creador de todos los males del mundo. Leibniz redimió a Dios de responsabilidades mundanas, cuestión que podemos interpretar como una dinámica secularizadora en tanto que, quien redime al

redentor ostenta el rango de fundador de la acción legitimadora en la Modernidad. Esta justificación de Dios es, para Marquard, la esencia misma de la teodicea.

La razón como juez y garante de explicación encuentra en la figura de Descartes, además, su máxima expresión. Es a partir de la filosofía cartesiana cuando podemos hablar propiamente de “secularización de la historia” o, también, de superación de la razón divina que, antaño dominaba todo ámbito de realidad. Con Descartes se inaugura la filosofía de la certeza, de la confianza absoluta en la razón que, como filtro de conocimiento, permitía a los hombres acceder a todos los campos posibles del conocer. Estamos, por tanto, ante un claro cambio de paradigmas de comprensión de lo real: ahora es la razón la primera instancia y el tribunal que todo lo juzga cual dios que, a diferencia del cristiano, se va haciendo en el curso de la historia.

A pesar de su inicial carácter unitario, la razón moderna nos presenta una serie de escisiones o, también, diferentes parcelas del conocer en las cuales, a partir de modelos racionales explicativos, se atiende a todos los procesos emergentes de la realidad. En este sentido podríamos afirmar la autonomía conquistada por estas parcelas o escisiones de la razón moderna, si bien, y a pesar de ser conscientes de sus propios límites, tienden a la unificación: es cierto que en un primer momento cada ámbito del conocer se limita a su campo, a sus parámetros de estudio pero, al mismo tiempo, tratan de ofrecer explicaciones cada vez más precisas y minuciosas. De este modo, tienden a ofrecer mecanismos explicativos aplicables a todos los ámbitos posibles, lo cual supone una tendencia a la restauración de la totalidad (proceso éste similar a lo que, antes, ofrecía la figura de Dios) desde los designios de la razón. Este movimiento supone un intento de restauración de la metafísica o, lo que es lo mismo, de un sentido único y válido de aprehensión del mundo que ya ha perdido todo su significado: es la época de la postmetafísica, un tiempo en el que cada parcela del conocer debe asumir sus propias insuficiencias, sus límites.

A partir de Marquard hemos visto cómo la Modernidad heredaba el problema de la vieja teodicea y buscaba, a partir de la razón, ofrecer una explicación absoluta de lo real. Esta tendencia a la univocidad fue el germen del intento de resacralización o explicación absoluta que perseguía cada parcela del conocer.

La relación de todo este proceso con la crisis del 98 así como con la literatura de este tiempo es la siguiente: la Europa así como la España finisecular se erigen como cuna indiscutible de pérdida de valores, tal y como veíamos en un primer momento. Es el plano de la consumación de la metafísica, el mismo en el que, ahora, las exigencias legitimadoras quedan en suspenso. Ya no hay metarrelato posible de salvación y toda explicación unívoca queda subsumida en la propia condición fragmentaria de lo real. El hombre se ha emancipado a partir de la historia, su historia de contiendas ideológicas en la que la expansión colonial y el dominio sobre los otros hombres prevalecía al desarrollo político, económico y cultural. Y es precisamente en ese tiempo en el que la ocupación indiscriminada era sinónimo de poder (recordemos a este respecto las pérdidas coloniales sufridas por España tras la Guerra de Cuba), un síntoma más de la caótica situación que padecía la vieja Europa.

La pérdida de crédito de los valores supremos conlleva la emergencia de la subjetividad, algo que, según Pedro Cerezo es un claro síntoma de la transformación antropológica de la filosofía (Cerezo, 2003: 321). El papel de la razón humana toma un claro protagonismo en la modernidad, una cuestión positiva en tanto que desde su ser autoconsciente aprehende el mundo pero, al mismo tiempo, es una cuestión problemática por la tendencia innata de restauración de la metafísica o, lo que es lo mismo, de ofrecer respuestas unívocas desde cada esfera del conocer.

En el caso de Antonio Machado, su filosofía (desarrollada a partir de sus personajes apócrifos) tiene como base el intento de superación del subjetivismo del siglo XIX, símbolo eminente de la militancia individualista. El poeta andaluz ataca este subjetivismo en la medida en que éste desemboca en un solipsismo que cuestiona la alteridad. Este planteamiento nos conduce a una cuestión de fondo tratada por Abel Martín y su discípulo Juan de Mairena: el problema de la conciencia.

Martín consideraba la conciencia como un claro impulso hacia lo otro inasequible, algo así como la tensión erótica entre un yo y el ser amado: es la sed metafísica del otro, el cual se representa como inmanente al yo pero que, a su vez, nos es exterior.

La conciencia –dice Abel Martín en *De un cancionero apócrifo*– como reflexión o pretense conocer del conocer, sería, sin el

amor o impulso hacia lo otro, el anzuelo en constante espera de pescarse a sí mismo. Mas la conciencia no existe, como actividad reflexiva, porque vuelve sobre sí misma, agotando su impulso por alcanzar el objeto trascendente. Entonces reconoce su limitación y se ve a sí misma, como tensión erótica, impulso hacia lo otro inasequible. (Machado, 2007: 335).

En el momento en que somos conscientes de que la sed metafísica que padecemos no puede resolverse mediante un cambio sustancial que reintegre físicamente lo otro en nosotros, la conciencia vuelve sobre sí y acepta el fracaso de su impulso por alcanzar el objeto trascendente, descubriendo así esa esencial heterogeneidad del ser también subrayada por Mairena: “lo otro no existe: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad = realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, uno y lo mismo. Pero lo otro no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes. Abel Martín, con fe poética, no menos humana que la fe racional creía en lo otro, en la esencial heterogeneidad del ser, como si dijéramos en la incurable otredad que padece lo uno” (Machado, 2009: 85).

La filosofía machadiana se inscribe, por tanto, en el intento de superar el subjetivismo moderno, consecuencia directa del emerger de la razón unívoca. De este modo, quedan en suspenso conceptos como “razón” y “verdad” entendidos en su forma más constreñida y tradicional. Al mismo tiempo, encontramos en Machado huellas de lo que, traducido en términos de Marquard sería, hasta cierto punto, superación de la metafísica moderna. Es decir, la visión unitaria y salvífica ofrecida por los metarrelatos quedan en suspenso a favor del carácter fragmentario y voluble de lo real. Esta cuestión es más que evidente en la lógica poética machadiana, cuya entrega a la vida y a la temporalidad humana pone en jaque los principios modernos hasta entonces concebidas como paradigmas de comprensión, tal y como veremos a continuación.

### LA LÓGICA POÉTICA DE ANTONIO MACHADO

La exposición de la poética machadiana corre a cargo de Juan de Mairena, apócrifo concebido por el autor con los rasgos de “poeta, filósofo, retórico e inventor de una máquina de cantar” (Machado, 2007: 344) cuya vida se desarrolló durante la segunda mitad del siglo

XIX hasta su muerte en 1909. Es en boca de Mairena como, de modo principal, expresa Machado su poética. Para el poeta sevillano, la poesía se conforma como palabra esencial en el tiempo en una suerte de diálogo que, además, pretende eternizar la palabra, una labor difícil y prolongada.

La invención de mundo es un punto clave en la concepción poética de Antonio Machado. El pensamiento poético quiere ser y es, a la vez, creador, inventor de realidades que buscan respuestas ante la angustia existencial. En este sentido, la invención de mundo se antoja como reflejo de la capacidad ejecutiva del arte, esa función por la cual el poeta inventa, crea mundo con su palabra, con su voz que responde al abismo del tiempo.

Machado defiende una lírica entregada a la vida, es decir, una poética entregada a la temporalidad humana y que desborda los límites de la poesía del intelecto, de la abstracción que no es capaz de captar, en su totalidad, la voz más profunda del alma. A este respecto podemos traer a colación las palabras de Martin Heidegger, quien defendía, aludiendo a Hölderlin, que el poeta era la voz emergente en tiempos de penuria. Desde esta perspectiva, el poeta es el que realmente es capaz de ofrecer una visión profunda y comprometida de un mundo que ha perdido a sus dioses, que ya no encuentra consuelo en los metarrelatos legitimadores y, a la vez, redentores. Como ya dijimos al principio, en el proceso secularizador propio de la Edad Moderna, el hombre asumió e interiorizó la condición fragmentada de lo real, pasando de concebir la existencia desde un fundamento propiamente trágico que suponía, además, la aceptación del abismo, de la ausencia de hogar, de retorno hacia la identidad conocida, hacia esa seguridad que ofrecían los metarrelatos y la divinidad.

Frente al pensamiento lógico que tiende a la homogeneidad del pensar (propia de su afán por ofrecer una respuesta uniforme y acotada de la realidad) se sitúa el pensamiento poético de Machado. Éste se erige como portavoz de la heterogeneidad del ser, es decir, la alteridad, la existencia del otro como conciencia frente al subjetivismo moderno. El canto del poeta se concibe como palabra de la diferencia, de la mutabilidad, de lo que realmente se comprende como creación de mundo. Es por ello por lo que podemos entender la poética machadiana como la vuelta a la intimidad propia que le corresponde a la poesía y, a la vez, como un nuevo modo de razonar que tiene en cuenta la necesidad de ahondar en el otro – que – yo. La poesía nos ofrece, de

este modo, la posibilidad de ampliación de la comprensión de lo real, algo que la lógica tradicional no alcanza en todo su esplendor.

La lógica poética es inventora de realidades desde la libertad de pensamiento que profesa. A pesar de ello, apela al concepto de *lógica* en un intento de demostrar que en la poética existe, también, un afán de razonamiento puesto al servicio de las cuestiones esenciales del existir. La lógica poética presta su reflexión a la vida, sin adueñarse de ellas, ofreciéndolas desde su plena posibilidad de realización. La nueva poética se concibe, por tanto, como un intento de relegar la lógica tradicional a la categoría de artificio, pues carece de sentido común al afanarse en construir razonamientos ajenos al propio discurrir del tiempo. En este sentido, dice Machado que “las ideas del poeta no son categorías formales, cápsulas lógicas, sino directas intuiciones del ser que deviene, de su propio existir, son pues, temporales, nunca elementos acrónicos existencialistas, en las cuales el tiempo alcanza un valor absoluto” (Machado, 2007: 77).

La poética machadiana trata de abordar la realidad desde el razonamiento poético, que tiene en cuenta la heterogeneidad tanto del ser como del pensar. Sería algo así como lo que Heidegger denomina como *pensar esencial* (Heidegger, 2007), que, lejos de ser una mera interpretación de la esencia del pensar (al modo de la lógica tradicional) o un pensar contable que agota lo contado en el recuento (pensamiento calculante) responde a lo incalculable, al acontecer propio del ser en el devenir del tiempo. Es la palabra arriesgada del poeta capaz de dar voz a la nada, cuya verdad no puede ser captada por sistema racio-calculante alguno.

La perspectiva heideggeriana nos acerca a comprender la radicalidad del pensar poético en Machado en el sentido que, podemos decir, la lógica poética es la que se hace cargo de esa comprensión del ser a la que nos remite Heidegger. No es que Machado reinterpretase el pensamiento filosófico alemán, sino que nos retrotrae a una preocupación común y, como hemos visto, incluso anterior en torno a la perspectiva de comprensión de realidad de la que se ocupa la nueva poética.

Desde una interpretación heideggeriana, la propuesta de la lógica machadiana sería el modo en que el poeta y el filósofo dan voz al acontecer del ser en el devenir del tiempo, a esa esencia del pensar que va más allá de lo puramente óntico. Sería la voz de la esencia existencial, del hombre en cuanto hombre.

Este descubrir o desocultar propio del ser no es ajeno al tiempo. El hombre está definido por su temporalidad en tanto que su propio “es” indica una conciencia temporal determinada por ser presente, pasado o futuro. Es propiamente humano ocuparse de la existencia, y esa ocupación nos remite a un binomio espacio – temporal en el que los hombres enmarcan su proyecto de vida (indica temporalidad, pues remite a una acción futura) y en el que, fundamentalmente, se instaura la ocupación ante la vida, en un aquí y ahora en el tiempo.

A la imposibilidad de desligar el ser del tiempo, así como a la de determinar a éste como elemento esencial de la lógica poética en cuanto comprensión de la realidad se refirió Machado en *Juan de Mairena*, al afirmar que “nosotros pretendemos pensar en el tiempo, la pura sucesión irreversible, en la cual no es dable la coexistencia de premisas y conclusiones” (Machado, 2009: 207). El poeta y el filósofo, conscientes de la necesidad de remitirse al origen de la metafísica, son los únicos que estrictamente se ocupan del ser de los hombres, de su esencia consciente en tanto que seres temporales. En el caso de la lógica tradicional, el elemento temporal queda desplazado por un pensar homogéneo que no contempla la posibilidad de mutabilidad de lo real.

### LA DIMENSIÓN TEMPORAL DE LA POÉTICA DE ANTONIO MACHADO

La importancia del tiempo en la nueva poética de Machado es un aspecto que no escapa a duda. En respuesta a la lógica tradicional, la propuesta por el poeta sevillano tiene en cuenta la dimensión existencial del hombre, la misma que adquiere significado más allá del pensar acotado de la lógica matemática que, al igual que el resto de ciencias, ignoran la posibilidad de aprehender algo que traspase las fronteras de lo ente en cuanto tal.

La poética de Machado tiene en cuenta que el hombre es un ser temporal, indesligable de su aquí y ahora vital. Y éste aspecto adquiere unos tintes metafísicos que supone la aceptación, como principio evidente, del ser real de todo contenido de la conciencia: la esencia de la conciencia es existencia, y solo el hombre es poseedor de ella. Así pues, esta metafísica que Machado pone en boca de Mairena, supone la relación entre el ser del hombre y su desarrollo en el tiempo, elemento ligado a su conciencia.

La esencia temporal del ser humano es algo ineludible, tal y como indica Machado. La existencia es un continuo esperar que siempre “es”, haciendo u ocupándose de algo, donde el futuro nos va adelantando y nuestro pasado va quedándose atrás. Es por ello por lo que la lógica matemática no puede ocuparse de las cuestiones esenciales, es decir, no puede aprehender la conciencia, la existencia humana, pues sus razonamientos tratan de ser ajenos al tiempo, concentrados en la verdad de unos enunciados que en su pretensión de homogeneización de la realidad resultan huecos. Y es que, podemos aludir a la poesía desde su carácter dialógico con el tiempo, un tiempo esencialmente humano que Machado valora en el ejercicio poético que es, a la vez, el ejercicio de la existencia.

Quizás en esta comprensión de la temporalidad intervenga la época histórica concreta, el tiempo histórico vital concreto en que se desarrolla la conciencia concreta del poeta. Machado aludió al siglo XIX como “el que más se ha escuchado a sí mismo, tal vez porque nosotros tenemos una conciencia marcadamente temporal de nuestro existir” (Machado, 2009: 155). La poesía y la filosofía de Machado están firmemente marcadas por la crisis finisecular que sacudió al siglo XIX, años en los que emerge una clara conciencia temporal que responde con un cambio de paradigma cognoscitivo de lo real. En relación a esa conciencia temporal propia del siglo XIX, escribió Machado que “el hombre de nuestra centuria ha sido un sedicente *enfant du siècle*, ha hablado de un *mal del siglo*, y habla en nuestros días de un *fin de siglo*. De este modo ha expresado, más o menos conscientemente, una vocación a la temporalidad, que no es propia de todos los tiempos” (Machado, 2009: 155).

Siguiendo a Machado podría afirmarse que la época histórica es determinante en la conformación de la conciencia temporal, si bien, el tiempo, es indesligable a la esencia del hombre, más allá de la época concreta en que éste se encuentre, es decir, no podemos rechazar el tiempo como algo inmanente al ser humano, al hombre que se define aquí y ahora.

La poética machadiana penetra en el ser del hombre, cuyo origen está, como hemos apuntado, en la filosofía de Heidegger, algo reconocido por el propio Machado: “y para penetrar en el ser, no hay otro portillo que la existencia del hombre, el ser en el mundo y en el tiempo... Tal es la nota profundamente lírica que llevará a los poetas a la filosofía de Heidegger, como las mariposas a la luz” (Machado, 2004: 96) Es

preciso, según Machado, apostar por un pensamiento del ser al modo heideggeriano, donde se contempla la heterogeneidad, la existencia del prójimo y del exterior, tal y como es manifestado por la intuición. En este sentido se lleva a cabo la lógica poética, en un ámbito en el que el ser es pensado cualitativamente, concibiendo las negaciones y los contrarios como artificios de la mente humana.

Solo desde el punto de vista de la lógica poética es posible ahondar en la comprensión de la heterogeneidad del ser y del pensar, comprendiendo la existencia como conciencia así como temporalidad que anhela superar su finitud. Estas cuestiones, esencialmente humanas, son definitorias de la poética machadiana, paradigma de comprensión de la realidad que el poeta pone en boca, fundamentalmente, de Juan de Mairena, apócrifo del autor que le sirve para exponer su filosofía. Y es que nuestro mundo es, dirá Mairena, esencialmente apócrifo, “un poema de nuestro pensar” (Machado, 2009: 195), heterogéneo, poético e inmerso en la temporalidad del ser.

## CONCLUSIÓN

La lógica poética machadiana se concibe, por tanto, como expresión literaria y, a la vez, filosófica de la existencia desde su dimensión más abierta y, también, temporal. Lejos de remitirnos a una perspectiva lineal de lo real, Machado nos propone un discurso que agita los cimientos modernos. Si bien es cierto que el poeta andaluz es portador de un pensamiento en el que reluce el carácter fragmentario y abismático de lo real, quizás hoy, y debido a que volvemos a ser carne de crisis, no estaría fuera de lugar repensar estas cuestiones.

Si bien es cierto que estamos inmersos en el contexto del pensamiento postmetafísico, el mismo que denuncia la irrealidad del discurso unívoco, no es menos cierta la tendencia totalizadora denunciada por Marquard y por él denominada “hipertribunalización de la realidad”. Desde esta perspectiva cabe cuestionarse si realmente hemos superado los principios propios de la Modernidad o, por el contrario, somos deudores directos de ellos. La tendencia actual a la individualidad es un claro ejemplo de ello: el culto al propio yo (bien sea al cuerpo o a la mente a través de psicoterapias reparadoras que tratan de hacer terrenal ese paraíso prometido por el dios cristiano) o la clara intención reparadora de todo discurso político y social.

Quizás estemos en uno de los momentos históricos más oportunos para asumir la condición abismática del hombre y abrazar, en este sentido, los principios de la poética machadiana. Es posible que solo sea un sueño reparador; pero, también es un sueño consciente.

## Referencias bibliográficas

- CEREZO GALÁN, Pedro (2003), *El mal del siglo: el conflicto entre Ilustración y el Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*. Granada, Ed. Universidad de Granada.
- HEIDEGGER, Martin (2007), *Epílogo a qué es metafísica*. (En Hitos). Madrid, Alianza Editorial, 2007.
- MACHADO, Antonio (2004), *Juan de Mairena II*. Madrid, Ed. Cátedra, 2004.
- (2007), *Poesías completas*. Madrid, Ed. Espasa Calpe.
- (2009), *Juan de Mairena I*. Madrid, Ed. Cátedra.
- MARQUARD, Odo (2000), *Apología de lo contingente*. Valencia: Diputación Valenciana. Institució Alfons el Magnanim.
- NIETZSCHE, Friedrich (2000), *La voluntad de poder*. Madrid, Ed. Edaf, 2000.